

avaros para dar su vida antes que sus escudos. Durante la comida noté la depresión de sus mejillas ajadas, y en ciertas miradas dirigidas á sus hijos las huellas de pensamientos importunos, cuyas manifestaciones espiraban al salir á la superficie. ¿Quién, viéndole, no le hubiera comprendido? ¿Quién no le hubiera acusado de haber transmitido fatalmente á sus hijos aquellos cuerpos en que faltaba la vida? Si se condenaba á sí mismo, negaba á los demás el derecho de condenarle. Amargo como un poder que comprende su debilidad, y no teniendo bastante grandeza ni encanto para compensar la suma de dolor que había echado en la balanza, su vida íntima debía presentarle asperezas que se revelaban en sus facciones angulosas, en sus ojos incesantemente inquietos. Cuando su mujer entró con sus dos hijos pegados á la falda, sospeché una desgracia, del mismo modo que la presienten los pies de aquellos que, al caminar sobre la bóveda de una cueva, van con sumo tiento, como teniendo conciencia de su profundidad. Viendo reunidas á aquellas cuatro personas, abrazándolas con la mirada, yendo de la una á la otra, estudiando sus fisonomías y sus actitudes respectivas, pensamientos impregnados de melancolía cayeron sobre mi corazón, al igual que una lluvia fina y helada obscurece un hermoso paisaje después de un bello amanecer. Cuando se agotó el objeto de la conversación, el conde me volvió á sacar á escena con detrimento del señor de Chessel, haciendo conocer á su esposa muchas circunstancias concernientes á mi familia y que me eran desconocidas. Me preguntó mi edad, y, cuando se la hube dicho, la condesa me devolvió aquel

movimiento de sorpresa que yo hice á propósito de su hija. Acaso me echaba catorce años. Este fué, según supe después, el segundo lazo que tan fuertemente la unió á mí. Yo leí en su alma: su maternidad se estremejó, iluminada por un tardío rayo de sol de la esperanza. Viéndome á los veinte años cumplidos tan flaco, tan delicado y tan nervioso, tal vez una voz le gritó:

—¡Vivirán!

Me miró con curiosidad y sentí que en aquel momento se rompía el hielo entre nosotros. Pareció que tenía que hacerme mil preguntas, y las calló todas.

—Si el estudio le ha puesto á usted enfermo—dijo, —el aire de nuestro valle le restablecerá.

—La educación moderna es fatal para los niños—repuso el conde;—los nutrimos de matemáticas, los matamos á fuerza de ciencia y los gastamos antes de tiempo. Necesita usted descansar aquí—me dijo;—está usted aplastado por la avalancha de ideas que ha rodado sobre usted. ¡Qué siglo nos prepara esta enseñanza puesta al alcance de todos, si no se previene el mal devolviendo la instrucción pública á las corporaciones religiosas!

Estas palabras corroboraron las que dijo un día de elecciones, negando su voto á un hombre cuyos talentos podían servir á la causa realista: «Siempre desconfiaré de las gentes de talento», respondió al agente electoral. Nos propuso ir á dar una vuelta por el jardín, y se levantó.

—Pero... le dijo la condesa.

—¿Qué, querida mía?—respondió volviéndose con

una brusca altivez que denotaba cuán absoluto quería ser en su casa, pero cuán poco lo era entonces.

—El señor ha venido de Tours á pie; el señor de Chessel no lo sabía y lo ha paseado por Frapesle.

—Ha cometido una imprudencia—me dijo,—aunque á su edad...

Y movió la cabeza con expresión apesadumbrada.

Se reanudó la conversación, y no tardé en reconocer cuán intratable era su realismo y cuántas vueltas había que dar para navegar en sus aguas sin temor á un choque. El criado, que se había puesto librea, anunció la comida; el señor de Chessel presentó su brazo á la condesa, y el conde se cogió alegremente al mío para pasar al comedor, que, según la disposición del piso bajo, se hallaba enfrente del salón. Estaba enladrillado con baldosas blancas fabricadas en Turena, ensamblado hasta la altura del piso y tapizado con un papel barnizado que figuraba grandes paños encuadrados de flores y frutas; las ventanas tenían cortinas de percal blanco adornadas con galones rojos; los aparadores eran viejos muebles de Boulle, y las sillas, guarnecidas de tapicería hecha á mano, de roble esculpido. La mesa no ofrecía nada de lujoso, pero estaba abundantemente servida; antigua plata de familia sin unidad de forma, porcelana de Sajonia que ya no estaba de moda, garrafas octogonales, cuchillos con mango de ágata, porta-botellas de laca de la China y floreros dorados sosteniendo dos hermosos ramilletes, esto constituía el servicio. Yo amo estas antigüedades, y encuentro de un gusto soberbio el papel Reveillon y sus bordados de flores. El contento que hinchaba todas mis velas impedíame ver las inextricables

dificultades puestas entre *ella* y yo por la vida tan coherente de la soledad del campo. Estaba cerca de *ella*, á su derecha, y le servía de beber. Sí, ¡felicidad inesperada! rozaba su vestido, comía su pan... mi vida se mezclaba con su vida... en fin, estábamos ligados por aquel terrible beso, especie de secreto que nos inspiraba una vergüenza mutua. Cometí una bajeza heroica; me dediqué á estudiar el modo de complacer al conde, que se prestaba á todos mis obsequios; hubiera acariciado al perro y satisfecho los menores deseos de los niños, trayéndoles sus juguetes ó sirviéndoles de caballo. El amor tiene sus intuiciones, como el genio las suyas, y yo veía confusamente que la violencia, la pedantería y la hostilidad arruinarían mis esperanzas. La comida pasó, llena para mí de alegrías interiores. Viéndome en su casa, no hacía alto en su frialdad real ni en la indiferencia que cubría la política del conde. El amor tiene también, como la vida, una pubertad, durante la cual se basta á sí mismo. Dí algunas respuestas en armonía con los secretos tumultos de la pasión; pero era imposible que nadie adivinase, ni aún *ella*, que nada sabía del amor. El resto del tiempo pasó como un sueño; pero este hermoso sueño cesó cuando, á la luz de la luna y en una noche tibia y perfumada, atravesé el Indre en medio de las vagas sombras que flotaban sobre los prados, los ribazos y las colinas, oyendo el canto claro, la nota única, llena de melancolía, que lanzaba de cuando en cuando una rana, cuyo nombre científico ignoro, pero cuyo canto no escucho desde aquel día solemne sin sentir delicias infinitas. Allí, como en otras partes, reconocí un poco tarde esa sensibilidad de mármol contra la

cual se habían hasta entonces estrellado mis sentimientos; me preguntaba si sería siempre así; creía estar bajo una fatal influencia, y los siniestros acontecimientos del pasado luchaban con los placeres puramente personales que había gozado. Antes de llegar á Frapesle miré hacia Clochegourde, y vi cerca una barca atada á un fresno y balanceada por el agua: pertenecía al señor de Mortsauf, que se servía de ella para pescar.

—Vamos—me dijo el señor de Chessel cuando no pudimos ser oídos,—no tengo necesidad de preguntarle á usted si ha encontrado sus bellos hombros; hay que felicitarle por la acogida que le ha dispensado el señor de Mortsauf. ¡Diantre! al primer ataque se ha metido usted hasta el corazón de la plaza.

Estas frases, seguidas de otras de que ya he hablado reanimaron mi corazón abatido. Yo no había dicho una palabra desde que salimos de Clochegourde, y el señor de Chessel atribuía mi silencio á mi felicidad.

—¡Cómo!—respondí con un tono irónico que podía parecer dictado por la pasión contenida.

—Nunca ha recibido tan bien á nadie.

—Le confieso á usted que yo mismo estoy asombrado de esa recepción—le dije comprendiendo la amargura interior que su frase descubría.

Aunque demasiado inexperto para adivinar la causa del sentimiento que experimentaba el señor de Chessel me extrañó, sin embargo, la expresión con que lo reveló. Mi huésped tenía la desgracia de llamarse Durand y había dado en la ridícula manía de renegar del apellido de su padre, ilustre fabricante que, cuando la revolución, había hecho una magnífica fortuna. Su mu-

jer era la única heredera de los Chessel, vieja familia de togados pertenecientes á la clase media en tiempo de Enrique IV, como las de la mayor parte de los magistrados parisienses. Como ambicioso de alta posición, el señor de Chessel quiso matar su Durand original para llegar á los altos destinos que soñaba: se llamó primero Durand de Chessel, después D. de Chessel y era á la sazón el señor de Chessel. Bajo la Restauración fundó un mayorazgo con el título de conde, en virtud de decretos otorgados por Luis XVIII, y sus hijos recogieron los frutos de su labor sin conocer su grandeza. Una frase cáustica de cierto príncipe pesaba con frecuencia sobre su cabeza. «El señor de Chessel se muestra, generalmente, un poco Durand». Esta frase se hizo célebre en Turena. Los advenedizos son como los monos, y suelen tener su destreza: se les ve en la altura, se admira su agilidad durante la subida; pero una vez en la cima, no se ven más que sus vergonzosas flaquezas. El reverso de mi anfitrión está compuesto de pequeñas engrosadas por la envidia: la dignidad de par y él son hasta el día dos tangentes imposibles. Tener una pretensión y justificarla, es la impertinencia de la fuerza; pero estar muy por debajo de las pretensiones confesadas, constituye un ridículo constante en que caen con frecuencia las medianías. Además, el señor de Chessel no sigue la marcha recta y segura del hombre fuerte: dos veces diputado y otras dos veces rechazado en las elecciones; ayer director general y hoy nada, sus éxitos y sus fracasos han gastado su carácter, dándole la aspereza del ambicioso inválido. Aunque hombre galante, espiritual y capaz de grandes cosas, tal vez la envidia

que apasiona la existencia en Turena (pues los turenenses emplean su talento en envidiarlo todo) le fué funesto en las altas esferas sociales, donde hacen muy mal papel esos rostros crispados por los éxitos de otro y esos labios burlones rebeldes á la felicitación, y siempre dispuestos al epigrama. Queriendo menos, tal vez habrían obtenido más; desgraciadamente tenía bastante superioridad para querer marchar siempre erguido. En aquel momento, el señor de Chessel estaba en el crepúsculo de su ambición: el realismo le sonreía. Tal vez sus maneras de gran señor eran afectadas, pero yo le encontraba perfecto. Por otra parte, me gustó, por una razón bien sencilla: gozaba de reposo en su casa por primera vez. Como era tan desgraciado con mi familia, el debí interés que me demostraba parecióme una imagen de amor paternal, y los cuidados de su hospitalidad contrastaban tanto con la indiferencia que hasta entonces me había anonadado, que manifestaba una gratitud infantil por vivir sin cadenas y casi acariciado. Los castellanos de Frapesle están, pues, tan mezclados con la aurora de mi felicidad, que mi pensamiento los confundió con los recuerdos en que quiero revivir. Más tarde, y principalmente en el negocio de las cartas-patentes, tuve el gusto de hacer algunos favores á mi huésped. El señor de Chessel gozaba de su fortuna con un fausto que ofendía á muchos de sus vecinos; podía renovar con frecuencia sus caballos y sus coches; su mujer era esmerada en el vestir y en su tocado, recibía con esplendidez, comía á lo príncipe, y su servidumbre era más numerosa de lo que requerían las costumbres del país. Las tierras de Frapesle eran, además, inmensas. En pre-

sencia de su vecino, y ante todo este lujo, el conde de Mortsauf, reducido al cabriolé de familia, que en Turena es el término medio entre la tartana y la silla de posta, y obligado por la medianía de su fortuna á hacer producir á Clochegourde, fué turenés, es decir, envidioso, hasta el día en que los favores reales dieron á su familia un brillo inesperado; su acogida al hijo menor de una familia arruinada, pero cuyo blasón databa del tiempo de las Cruzadas, les sirvió para humillar la brillante fortuna y empequeñecer los bosques y prados de su vecino, que no era caballero. El señor de Chessel comprendió al conde. Sus relaciones eran, pues, políticas y amistosas, pero sin ese trato diario ni esa agradable intimidad que hubiera debido existir entre Clochegourde y Frapesle, dominios separados por el Indre y cuyas castellanías podían hacerse señas de balcón á balcón.

No era la envidia la única razón de la soledad en que vivía el señor de Mortsauf. Su primera educación fué la de la mayor parte de los hijos de las grandes familias; una incompleta y superficial instrucción, cuyos defectos suplían la enseñanza del mundo, los usos de la corte y el ejercicio de los grandes cargos de la corona ó de los grandes destinos. El señor de Mortsauf había emigrado precisamente en la época en que empezaba su segunda educación, y ésta le faltó. Fué de los que creyeron en el pronto restablecimiento de la monarquía en Francia, y en esta persuasión su destierro había transcurrido en la más deplorable de las ociosidades. Cuando se dispersó el ejército de Condé, en el cual fué de los primeros en alistarse, creyó

volver muy pronto bajo la bandera blanca, y no trató como algunos emigrados, de crearse una existencia industriosa. Tal vez no tuvo tampoco la fortaleza de alma necesaria para abdicar de sus preocupaciones aristocráticas á fin de ganar su pan con los sudores de un trabajo despreciado. Sus esperanzas, siempre remitidas á mañana, y puede ser que su honor, le impidieron poner al servicio de las potencias extranjeras. El sufrimiento minó su valor. Largas caminatas emprendidas á pie sin el alimento suficiente, tras esperanzas siempre fallidas alteraron su salud y debilitaron su alma. Si la miseria es un tónico para muchos hombres, para otros es un disolvente, y el conde pertenecía á estos últimos.

Contemplando á aquel infortunado caballero arrastrándose por los caminos de Hungría y partiendo un cuarto de carnero con los pastores del príncipe Esterhazy, á quienes el viajero pedía el pan que el noble no hubiera aceptado del amo y que rehusó muchas veces de manos enemigas de Francia, jamás he sentido en mi corazón desprecio para el emigrado sino cuando lo vi ridículo en el triunfo. Los cabellos blancos del señor de Mortsauf me habían revelado dolores espantosos, y yo simpatizo demasiado con los desterrados para poderlos juzgar. La alegría francesa y turquesa sucumbió en el conde; se puso pesado, cayó enfermo y fué curado por caridad en un hospital alemán. Su enfermedad era una inflamación del mesenterio, dolencia generalmente mortal, cuya curación produce grandes cambios de carácter y lleva casi siempre á la hipochondría. Sus amores, sepultados en el fondo de su alma y que únicamente yo he descubierto, fueron amores de

baja esfera, que no sólo atacaron á su vida, sino que arruinaron su porvenir. Después de doce años de miseria, volvió los ojos hacia Francia, cuyas puertas le abría el decreto de Napoleón. Cuando pasó el Rhin y el peatón cansado vió en una hermosa tarde el campanario de Strasburgo, desfalleció: «¡La Francia! ¡La Francia!», exclamó como grita un niño: «¡Mamá!» cuando está herido. Rico antes de nacer, encontrábase pobre; nacido para mandar un regimiento ó gobernar el Estado, se veía sin autoridad y sin porvenir; criado fuerte y robusto, volvía enfermo y gastado, sin instrucción, en medio de un país en que los hombres y las casas habían crecido, y, por consiguiente, sin influencia posible; se vió despojado de todo, hasta de las fuerzas físicas y morales. Su falta de fortuna le hizo pesado su nombre, y sus opiniones inquebrantables, sus antecedentes del ejército de Condé, sus penas, sus recuerdos, su salud perdida, le dieron una susceptibilidad muy poco á propósito para vivir en Francia, el país de las burlas. Llegó medio moribundo al Maine, donde, por un azar debido tal vez á la guerra civil, el gobierno revolucionario se había olvidado de poner en venta una hacienda considerable en extensión, y que su arrendatario la conservaba haciendo creer que la tenía en propiedad. Cuando la familia de Lenoncourt, que vivía en Givry, dominio situado cerca de esta hacienda, supo la llegada del conde de Mortsauf, el duque de Lenoncourt fué á ofrecerle su casa para que la habitase mientras se le preparaba un departamento conveniente en su hacienda. La familia de Lenoncourt se mostró noblemente generosa con el conde, que vivió con ella durante algunos

meses haciendo esfuerzos para ocultar sus dolores. Los Lenoncourt habían perdido sus inmensos bienes, y, por su ilustre nombre, el señor de Mortsauf era un partido aceptable para su hija. Lejos de oponerse á su matrimonio con un hombre de treinta y cinco años, enfermizo y envejecido, la señorita de Lenoncourt pareció consentir en él con alegría. Un matrimonio le daba el derecho de vivir con su tía, la duquesa de Verneuil, hermana del príncipe de Blamont-Chauvry, que era para ella una madre de adopción. Amiga íntima de la duquesa de Borbón, la señora de Verneuil formaba parte de una sociedad religiosa cuya alma era el señor Saint-Martín, nacido en Turena y apodado el *Filósofo desconocido*. Los discípulos de este filósofo practicaban las virtudes aconsejadas por las altas especulaciones del iluminismo místico. Esta doctrina daba la clave del mundo divino; explicaba la existencia por transformaciones sucesivas en que el hombre camina hacia destinos sublimes; libraba al deber de su degradación legal; aplicaba á las penas de la vida la dulzura inalterable del cuáquero, y aconsejaba el desprecio del dolor inspirando un no sé qué maternal para el ángel que llevamos al cielo; era el estoicismo con un porvenir. El amor puro y la oración activa eran los elementos de esta fe, que salía del catolicismo de la Iglesia romana para volver á entrar en el cristianismo de la Iglesia primitiva. La señorita de Lenoncourt permanecía, sin embargo, en el seno de la Iglesia apostólica, á la cual su tía fué siempre igualmente fiel. Rudamente probada por las tormentas revolucionarias, la duquesa de Verneuil había adquirido, en los últimos años de su vida, un tinte de piedad apa-

sionada que vertió en el alma de su querida hija *la luz del amor celeste y el óleo de la alegría íntima*, para emplear las mismas expresiones de Saint-Martín. La condesa recibió muchas veces en Clochegourde á este hombre pacífico, virtuoso y sabio, después de la muerte de su tía, á la cual visitaba con frecuencia, y desde Clochegourde vigilaba Saint-Martín la impresión de sus últimos libros, que hacía en Tours, en casa de Letourmy. Inspirada por la sabiduría de las viejas que han experimentado las borrascosas estrecheces de la vida, la señora de Verneuil hizo donación de Clochegourde á la recién casada, á fin de que tuviera una casa. Con la gracia de las ancianas, que es siempre perfecta cuando éstas son graciosas, la duquesa lo abandonó todo á su sobrina, contentándose con un cuarto encima del que antes ocupaba, y que tomó la condesa. Su muerte casi repentina enlutó las alegrías de esta unión é imprimió una negra tristeza en Clochegourde y en el alma supersticiosa de la recién casada. Los primeros días de su establecimiento en Turena fueron para la condesa la sola época, no feliz, sino tranquila de su vida.

Después de las angustias de su permanencia en el extranjero, el señor de Mortsauf, satisfecho con entrever un porvenir clemente, tuvo una especie de convalecencia del alma y respiró en aquel valle los perfumes embriagadores de una esperanza florida. Obligado á cuidar de su fortuna, se dedicó á los preparativos de su empresa agronómica y comenzó á experimentar alguna alegría; pero el nacimiento de Santiago fué un rayo que arruinó el presente y el porvenir: el médico condenó al recién nacido. El conde ocultó cuidadosamente esta

sentenciá á su esposa; después consultó por sí mismo y recibió respuestas desesperantes, que fueron confirmadas por el nacimiento de Magdalena. Estos dos acontecimientos y una especie de certidumbre interior sobre la fatal sentencia aumentaron las disposiciones enfermizas del emigrado. Su nombre extinguido para siempre; una mujer joven, pura, irreprochable, desgraciada á su lado consagrada á las angustias de la maternidad sin tener sus placeres; el *humus* de su antigua vida, de que germinaban nuevos sufrimientos, todo esto cayó sobre su corazón y acabó por destruirlo. La condesa adivinó el pasado por el presente y leyó en el porvenir. Aunque nada es más difícil que hacer feliz á un hombre que se siente defectuoso, la condesa intentó esta empresa digna de un ángel. Hízose estoica en un día: después de bajar á un abismo desde el cual pudo contemplar el cielo se consagró por un solo hombre á la misión que abrazaba la hermana de la caridad por todos, y á fin de reconciliarle consigo mismo, le perdonó lo que él no se perdonaba. El conde se hizo avaro, aceptó las privaciones impuestas; temía ser engañado, como temen todos los que no han conocido la vida del mundo más que para experimentar repugnancias, y ella se retiró á la soledad y se plegó sin murmurar á sus desconfianzas: hizo más aún: empleó las astucias de la mujer en hacerle querer lo bueno, y consiguió que así se crease ideas y gozase á su lado de los placeres de la superioridad, que no hubiera tenido en ninguna parte. Después, tras algún tiempo de matrimonio, se resolvió á no salir jamás de Clochegourde, reconociendo en el conde un alma hipócrita cuyos extravíos podían, en un país de malicia

de murmuración, perjudicar á sus hijos. Nadie, pues, sospechaba la incapacidad real del señor de Mortsauf; ella había adornado aquellas ruinas con un espeso manto de hiedra. El carácter variable, no descontentadizo, sino malcontento del conde, encontró en su mujer una tierra dulce y fácil, en la cual pudo extenderse, sintiendo sus secretos dolores aliviados por la frescura del bálsamo.

Esta historia es la más sencilla expresión de los discursos arrancados al señor de Chessel por un oculto despecho. Su conocimiento del mundo le había hecho entrever algunos de los secretos sepultados en Clochegourde; pero si, por su sublime actitud, la señora de Mortsauf engañaba al mundo, no pudo engañar á los inteligentes sentidos del amor. Cuando me encontré en mi cuartito, el presentimiento de la verdad me hizo saltar en mi lecho y no quise estar en Frapesle cuando podía ver las ventanas de su habitación: me vestí, pues; bajé silenciosamente y salí del castillo por la puerta de una torre á que se llegaba por una escalera de caracol. El frío de la noche me serenó. Pasé el Indre por el puente del Molino Rojo y llegué á la barca de Clochegourde, donde brillaba una luz en la última ventana, del lado de Azay. Volví á encontrar mis antiguas contemplaciones, pero apacibles y embellecidas por el trino del ruiseñor y la nota única de la rana, despertando en mí ideas que se deslizaban como fantasmas y levantando los negros crespones que hasta entonces me habían ocultado el porvenir. ¡El alma y los sentidos estaban igualmente encantados! ¡Con qué violencia mis deseos subían hasta ella! ¡Cuántas veces me dije, como un insensato su manía: «¿La tendré?»! Si durante los días preceden-

tes el universo se había agrandado para mí, en una noche encontró su centro. Á ella se referían mis deseos y mis ambiciones, y ansiaba ser todo suyo á fin de realizarlos y hacer y llenar su corazón desgarrado. ¡Hermosa fue aquella noche pasada bajo sus ventanas, en medio del murmullo de las aguas que se deslizaban por entre los molinos y entrecortado por la voz de las horas que sonaban en el campanario de Saché! Durante aquella noche bañada de resplandores, en que aquella flor sideral iluminó mi vida, yo le consagré mi alma con la fe de aquel pobre caballero castellano de quien nos burbamos con Cervantes, fe con la cual comenzamos el amor. Á la primera luz de la aurora, al primer trino de los pájaros, corrí al parque de Frapesle: ningún campesino me vió, nadie sospechó mi escapatoria, y dormí hasta el momento en que la campana indicó la hora de almorzar. Á pesar del calor, después del almuerzo bajé á la pradera, á fin de ver el Indre y sus islas, el valle y sus colinas, de que parecía apasionado admirador, pero con esa velocidad que desafía á la del caballo desbocado, pronto me encontré junto á la barca y los sauces de Clochegourde. Todo estaba silencioso, palpitante, como está el campo al mediodía: las frondas inmóviles se recostaban limpiamente sobre el fondo azul del cielo; los insectos que viven de la luz, mariposas, abejas, cantáridas, volaban á sus fresnos, á sus rosales; los rebaños rumiaban á la sombra; las tierras rojas de la vid ardían, y las culebras se deslizaban á lo largo de los ribazos. ¡Qué cambio en aquel paisaje tan fresco y tan poético antes de mi sueño! De repente salté de la barca y me dirigí al camino para dar la vuelta á Clochegourde, de

donde creía haber visto salir al conde. No me engañaba: iba por un seto para ganar sin duda una puerta que daba al camino de Azay, que sigue la orilla del río.

—¿Cómo se encuentra usted esta mañana, señor conde?—le pregunté.

Me miró con aire alegre: muy pocas veces se oía llamar así.

—Bien—dijo,—pero ¿tanto le gusta á usted el campo, que pasea con este calor?

—¿No me han enviado aquí para vivir al aire libre?—repliqué.

—Está bien. ¿Quiere usted venir á ver segar el centeno?

—Con mucho gusto; pero le advierto que soy un ignorante completo; no distingo el centeno del trigo, ni la cebada de la avena, y nada sé de agricultura ni de los diferentes métodos de explotar la tierra.

—Bueno; venga usted—dijo alegremente volviendo sobre sus pasos;—entre por la puertecilla de allá abajo.

Y siguió á lo largo del seto por la parte de adentro, mientras yo iba por la de afuera.

—El señor de Chessel no podía enseñarle á usted nada de eso—dijo;—es demasiado gran señor para ocuparse de otra cosa que de recibir las cuentas de su administrador.

Me enseñó luego los patios y las dependencias, los jardines de recreo y las huertas, en fin, me llevó hacia aquella larga avenida de acacias y naranjos de la China, lamido por el río, en cuyos extremos distinguí, sentada en un banco, á la señora de Mortsauf ocupada con sus hijos. Sorprendida tal vez de mi cándido apresura-



miento, no se movió, sabiendo que iríamos hacia ella. El conde me hizo admirar la perspectiva del valle, que desde allí ofrecía un espectáculo muy diferente de lo que había contemplado hasta entonces según las alturas por donde habíamos pasado. Se hubiera creído ver un rincón de Suiza. La pradera, surcada por multitud de arroyos que desaguaban en el Indre, se descubría en toda su extensión, perdiéndose en lejanos vapores. Del lado de Montbazón, la mirada se extendía sobre una inmensa llanura verde, y por todos los demás puntos se encontraba detenida por colinas, por masas de árboles y por rocas. Alargamos el paso para ir á saludar á la señora de Mortsauf, que de pronto dejó caer el libro en que leía Magdalena y tomó sobre sus rodillas á Santiago que era presa de una tos convulsiva.

—¿Qué tiene?—exclamó palideciendo el conde.

—Le duele la garganta—respondió la madre, que parecía no verme;—pero esto no será nada.

Y mientras sujetaba la frente y la espalda del niño brotaban de sus ojos dos rayos que parecían infundir la vida en aquella débil criatura.

—Cometes imprudencias increíbles—repuso el conde con aspereza;—le expones á la humedad del río y le sientas en un banco de piedra...

—Pero, papá, ¡si el banco quemal!—exclamó Magdalena.

—Se ahogan arriba—repuso la condesa.

—Las mujeres siempre quieren tener razón—replicó el conde mirándome.

Para evitarme el tener que aprobar ó reprobarme con la mirada, contemplaba á Santiago, que se quejaba de at-

dor en la garganta y á quien su madre se llevó. Antes de alejarse pudo aún oír á su marido, que decía:

—Cuando se engendran niños tan delicados, es preciso saber cuidarlos.

Estas palabras eran perfectamente injustas, pero su amor propio le arrastraba á justificarlas á costa de su mujer. La condesa volaba al subir las rampas y la escalinata; la vi desaparecer tras la puerta-ventana. El señor de Mortsauf se había sentado en el banco, pensativo y con la cabeza inclinada, y mi situación se hizo intolerable, pues ni me miraba ni me hablaba. ¡Adiós aquel paseo en el que esperaba intimar con ella! ¡No recuerdo haber pasado en mi vida un cuarto de hora más horrible que aquel! Mi frente estaba cubierta de sudor, y me preguntaba si me marcharía ó me quedaría. ¿Qué pensamientos tan tristes llenaban la imaginación del conde para hacerle olvidarse de ir á ver cómo se encontraba Santiago? Se levantó bruscamente, se acercó á mí y nos volvimos para contemplar el risueño valle.

—Dejaremos para otro día nuestro paseo, señor conde—le dije con dulzura.

—No, salgamos—respondió;—desgraciadamente, estoy acostumbrado á ver con frecuencia semejantes crisis, cuando daría mi vida sin sentimiento alguno por conservar la de ese niño.

—Santiago está mejor y se ha dormido, amigo mío—dijo una voz argentina.

La señora de Mortsauf se presentó súbitamente en el extremo de la avenida. Acercóse sin hiel, sin amarguras y al devolverme el saludo que le hice, me dijo:

—Veo con placer que le agrada á usted Clochegourde.

—¿Quieres, amiga mía, que monte á caballo y que vaya á buscar al señor Deslandes?—preguntó el conde demostrando deseos de hacerse perdonar su injusticia.

—No te molestes—respondió la condesa;—Santiago no ha dormido esta noche, y eso es todo lo que tiene. Ese niño es muy nervioso: ha tenido una pesadilla y he pasado gran parte de la noche contándole cuentos para que durmiese. Su tos es puramente nerviosa; la he calmado con una pastilla de goma y ahora duerme.

—¡Pobre esposa mía!—dijo el conde estrechándole las manos—¡y yo que no sabía nada!

—¿Á qué inquietarse por pequeñeces? Ve á tus centenos. Ya sabes que si no estás allí, los segadores dejarán entrar en el campo á las espigadoras extranjeras antes que estén retirados los haces.

—Señora—le dije,—voy á seguir mi primer curso de agricultura.

—Lleva usted buen maestro—respondió indicando al conde, cuya boca se contrajo con una sonrisa de contento.

Hasta dos meses después no supe que había pasado aquella noche dominada por angustias horribles, temiendo que su hijo tuviera el garrotillo. ¡Y yo estaba en la barca, mecido por pensamientos de amor, imaginándome que desde su ventana me vería adorando la luz de aquella bujía que entonces alumbraba su frente, arrugada por mortales alarmas! El *crup* reinaba en Tours y hacía grandes estragos. En la puerta el conde me dijo con voz conmovida:

—Mi mujer es un ángel.

Esta frase me hizo vacilar. No conocía más que su

perfidialmente á aquella familia, y el remordimiento, tan natural en un alma joven, me decía: «¿Con qué derecho vas á turbar esta paz profunda?»

Feliz por tener como auditorio á un joven sobre el cual podía alcanzar fáciles triunfos, el conde me habló del porvenir que la vuelta de los Borbones preparaba á Francia. Entablamos una conversación en la cual le oí verdaderas niñerías, que me sorprendieron profundamente. Ignoraba hechos de una evidencia geométrica, tenía miedo de las gentes instruídas, negaba las superioridades, se burlaba, puede que con razón, de los progresos, y en fin, reconocí en él una gran cantidad de fibras dolorosas que obligaban á tomar infinitas precauciones para no herirle, por lo que una conversación con él venía á ser un trabajo ímprobo. Cuando, por decirlo así, hube palpado sus defectos, me subyugué á ellos con tanta flexibilidad como demostraba la condesa en acariciarlo. En otra época de mi vida le hubiera indudablemente replicado; pero entonces, tímido como un niño, creyendo no saber nada ó que los hombres formados lo sabían todo, me maravillaba de los progresos obtenidos por aquel paciente agricultor. Escuché sus planes con admiración, lisonja involuntaria que me valió la benevolencia del viejo noble; envidié aquella tierra, su posición, aquel paraíso terrestre, poniéndolo muy por encima de Frapesle.

—Frapsle—le dije—es una pieza maciza de plata; pero Clochegourde es un estuche de piedras preciosas. Frase que después repitió con mucha frecuencia, citando al autor.

—Antes que viniésemos—dijo—esto era una desolación.

Yo era todo oídos cuando hablaba de sus siembras y de sus recolecciones. Nuevo en los trabajos de campo, le abrumaba á preguntas sobre los precios de los géneros, sobre los medios de explotación, y me pareció feliz al darme á conocer tantos detalles.

—¿Qué le han enseñado á usted?—me preguntaba con asombro.

Después de este primer paseo, el conde dijo á su mujer al entrar:

—El señor Félix es un joven encantador.

Por la noche escribí á mi madre diciéndole me enviase ropa, anunciándole al mismo tiempo mi resolución de quedarme en Frapesle. Ignorando la gran revolución que entonces se realizaba, y no comprendiendo la influencia que debía ejercer sobre mi destino, creía volver á París para acabar el estudio del Derecho; pero como el curso no empezaba hasta los primeros días de noviembre, me quedaban libres dos meses y medio. Durante los primeros días de mi permanencia, intenté inútilmente unirme al conde, alcanzando sólo crueles impresiones. Descubrí en aquel hombre una irascibilidad injustificada y una prontitud de acción en los casos desesperados, que me espantaron. Encontrábanse en él rasgos repentinos del valeroso caballero del ejército de Condé, y algunos relatos de pagos parabólicos de esas voluntades que pueden, en un día de circunstancias graves, hundir la política á la manera de las bombas, y que, por los azares de la realidad y del valor, hacen de un hombre condenado á vivir en su nobleza un Bonchamp, un d'Elbée, un Charette. Ante ciertas suposiciones, su nariz se contraía, y frente se iluminaba y sus ojos lanzaban un fuego que

en seguida se desvanecía. Llegué á tener miedo de que, sorprendiendo el lenguaje de mis ojos, el señor de Mortsau me matase en un arrebato. En aquella época yo era únicamente tierno; la voluntad, que tan extrañamente modifica á los hombres, aun no hacía en mí más que apuntar. Mis excesivos deseos me habían comunicado esos rápidos estremecimientos de la sensibilidad que se parecen á las sacudidas del miedo. La lucha no me hacía temblar; pero no quería perder la vida sin haber gozado de la felicidad de un amor correspondido. Las dificultades y mis deseos se agrandaban sobre dos líneas paralelas. ¿Cómo hablar de mis sentimientos? Era presa de crueles perplejidades: esperaba una casualidad; observaba, me familiarizaba con los niños, de quienes me hice querer, y traté de identificarme con las costumbres de la casa. Insensiblemente el conde se contuvo menos conmigo: conocí, pues, sus rápidos cambios de carácter, sus profundas tristezas sin motivo, sus bruscos arrebatos, sus amargas quejas, su frialdad envidiosa, sus reprimidos raptos de locura, sus gemidos de niño, sus gritos de hombre desesperado y sus imprevistas cóleras. La naturaleza moral se distingue de la naturaleza física en esto, en que nada hay en ella de absoluto: la intensidad de los efectos está en razón de la fuerza de los caracteres ó de las ideas que reunimos ó agrupamos en torno de un hecho. Mis visitas á Cloche-gourde y el porvenir de mi vida dependían de aquella voluntad caprichosa. No sabría expresar qué angustias oprimían mi alma, tan fácil entonces de contraerse como de dilatarse, cuando al entrar me preguntaba: «¿Cómo me recibirá?» Era una inquietud horrible y continua, y

al fin caí bajo el despotismo de aquel hombre. Mis sufrimientos me hicieron adivinar los de la señora de Mortsauf: empezamos á cambiar miradas de inteligencia y algunas veces mis lágrimas corrían cuando ella contaba las suyas. De este modo la condesa y yo nos probamos por el dolor. ¡Cuántos descubrimientos hice durante aquellos cuarenta primeros días llenos de amarguras reales, de alegrías tácitas, de esperanzas tan pronto abismadas como flotantes! Una tarde la encontré religiosamente pensativa ante una puesta de sol que proyectaba tan voluptuosamente las cimas, dejando ver el valle como un lecho, que era imposible no escuchar la voz de aquel eterno «Cantar de los cantares» con que la naturaleza convidaba á sus criaturas al amor. ¿Recordaba la joven sus ilusiones perdidas? ¿Sufría por alguna comparación secreta? Creí ver en su actitud un abandono muy á propósito para una primera declaración, y le dije:

—Hay días difíciles.

—Ha leído usted en mi alma—me contestó;—pero ¿cómo?

—¡Tenemos tantos puntos de contacto!—respondí.—No pertenecemos al pequeño número de criaturas privilegiadas para el placer y para el dolor, cuyas cualidades sensibles brillan todas al unísono produciendo grandes ecos interiores, y cuya naturaleza nerviosa está en armonía constante con el principio de las cosas. Colocadas en un medio en que todo sea disonancia, esas personas sufren horriblemente, del mismo modo que su placer llega á la exaltación cuando encuentran ideas, sensaciones y seres que le son simpáticos. Pero

hay para nosotros un tercer estado, cuyas desgracias no son conocidas sino de las almas afectadas por la misma enfermedad, y entre las cuales existen comprensiones fraternales; puede sucedernos no estar impresionados ni bien ni mal; un órgano expresivo dotado de movimiento, toca entonces en nosotros en el vacío, se apasiona sin objeto, lanza sonidos sin producir melodías, arroja acentos que se pierden en el silencio: especie de contradicción terrible de un alma que se revuelve contra la inutilidad de la nada, fuego que extenua, en el cual nuestro poder se escapa entero, sin alimento, como la sangre por una herida desconocida. La sensibilidad corre á torrentes, y esto produce desfallecimientos, horribles é inexplicables melancolías, que ni aun en el confesionario pueden revelarse. ¿No he expresado nuestros dolores comunes?

Estremeciéndose, y sin apartar la vista del sol, que se ocultaba, me dijo:

—¿Cómo sabe usted todo eso á su edad? ¿Acaso ha sido usted mujer?

—¡Ah!—le respondí—mi infancia ha sido como una larga enfermedad.

—Oigo toser á Magdalena—me dijo levantándose con precipitación.

La condesa me vió asiduo en su casa, sin preocuparse, por dos razones: primera, porque era pura como un niño é incapaz de concebir una sospecha; después, porque yo distraía al conde y era como una presa arrojada á aquel león sin uñas y sin melena. En fin, había acabado por encontrar una razón que á todos nos parecía plausible. Yo no sabía jugar al chaquete; el señor